

Contacto directo

La Carpeta Fotográfica nació de una pregunta que alguien hizo en voz alta en el taller. La gente de la Gráfica de La Musto trabajaba en sus estampas y la gente de fotografía observaba, durante un recreo desde una mesa cercana, con ganas de ser parte de un proyecto similar. Si en esta escuela se producen carpetas gráficas, ¿por qué no podemos hacer también una carpeta fotográfica? Las palabras sonaron honestas y un poco mordaces al mismo tiempo; insinuaban algo parecido a una envidia leve. Hubo risas ante la ocurrencia. En el taller de gráfica las prensas siguieron aplicadas a las imágenes de tinta; en el de fotografía, las ampliadoras continuaron proyectando luz sobre el papel sensible. No se volvió a tocar el tema durante el resto de la jornada. Pero la idea ya se había formulado y la inquietud estaba instalada.

Quizás convenga hacer un poco de historia. Las carpetas gráficas fueron muy populares en Rosario en los años cincuenta y sesenta. Entre 1958 y 1967, Emilio Ellena, un apasionado del grabado, publicó cincuenta carpetas con obras originales de Gambartes, Grela, Spilimbergo, Cochet, Bruniard y más. Veintiún mil novecientas piezas, un número que estableció con precisión, haciendo honor a su profesión de matemático. Con las *Ediciones Ellena*, se pusieron en circulación colecciones de estampas de tirada grande a un precio accesible. Osvaldo Boglione, director de la Escuela Musto entre 1984 y 1996, había participado en una de esas carpetas, y en los primeros años de su gestión incentivó la creación de Gráfica de La Musto, un programa de divulgación que retomaba aquella práctica editorial. Desde entonces se han producido trece carpetas que surgieron del trabajo colaborativo entre docentes y estudiantes.

Tal vez sea útil subrayar que las áreas de Gráfica y de Fotografía comparten espacio físico. En el edificio que fue la casa del pintor Manuel Musto, en la planta alta, conviven el cuarto oscuro de fotografía y el de serigrafía, algunas prensas, un sector para shablonés y piedras litográficas, un lugarcito especial para colgar negativos, dos piletones de lavado, dos racks para el secado de las copias, varias mesas, muchas sillas.

Gráfica y fotografía son primas hermanas, tienen lo múltiple en su ADN. Alguien podría incluso sostener que la fotografía es una de las formas que adopta la gráfica, aunque sin demora se alzarían voces en desacuerdo para reclamar acaloradamente la autonomía de lo fotográfico. En algún momento de 2009, mientras la Gráfica de

La Musto trabajaba en la carpeta *Serie Azul*, del otro lado de la mampara de vidrio que hace de límite virtual de las aulas, en el taller vecino, el deseo de una carpeta de fotos fue haciéndose más fuerte, posible, inminente.

La primera convocatoria para La Carpeta Fotográfica se abrió a principios de 2010 y estuvo dirigida a estudiantes de la escuela. El proyecto contemplaba distintas etapas; desde sacar las fotos y armar el portfolio hasta realizar una muestra y vender todos los ejemplares. Con lo recaudado se comprarían materiales o equipamiento para el Taller de Fotografía.

Por esos días el proceso analógico ya había empezado a ceder terreno, se replegaba ante el avance de la tecnología digital. En La Musto resistíamos el embate. El teléfono inteligente era todavía una novedad, pero sabíamos que había llegado para quedarse. Se ofrecía como un objeto irresistible. Una cámara a mano todo el tiempo, siempre lista; una pantalla táctil capaz de exhibir fotos en una calidad fenomenal; un dispositivo para compartir imágenes en las redes sociales sin demora. Una revolución. Ante semejante novedad, nos aferramos a un modo de hacer que conocíamos bien, que queríamos mucho y que intuíamos en peligro de extinción.

Nos organizamos para conseguir los materiales. No fue fácil encontrar el papel, habíamos elegido un formato poco habitual. Después de varios intentos malogrados, el papel postal llegó en el bolso de una estudiante que, con gestión impecable, logró atravesar tres aduanas y hacer que las siete cajas evitasen los rayos X, enemigos declarados del material fotosensible. Compramos película, un par de tortas de treinta metros, y la fraccionamos con delicadeza.

Sacamos fotos, revelamos, hicimos contactos, ampliamos, editamos. Probamos contrastes y densidades; entonados y reservas; márgenes finos y anchos. Hablamos y hablamos, y elegimos dos fotos por cada participante. Y entonces llegó el momento de la gran tarea, copiar la misma imagen cuarenta, cincuenta veces. Diez segundos de base, un poco de tiempo extra en las partes claras, un breve apantallado en las áreas de sombra. El mismo proceso reiterado una y otra vez, la ocasión de observar de cerca las vicisitudes de la reproducción. Porque, hay que decirlo, aunque mucho se habla de multiejemplaridad solo conocemos un puñado de laboratoristas que ha tenido la oportunidad de poner en acto una tirada amplia, de probar la reproductibilidad en carne propia.

Quisimos que lo múltiple fuera, además de un concepto teórico, una experiencia concreta que pusiera el cuerpo en juego. Para eso trabajamos en el cuarto oscuro

con manos compañeras que agitaban líquidos y ojos prestados que vigilaban la aparición de las imágenes. Luego vendría el armado de las carpetas, la organización de la venta, la exposición en el Museo de la Ciudad.

Esto ocurrió por primera vez entre 2010 y 2012. Y volvió a ocurrir entre 2015 y 2016, y entre 2018 y 2019. Y ahora mismo, mientras se escriben estas líneas, está volviendo a suceder.

En su cuarta edición, La Carpeta Fotográfica introdujo un par de novedades: abandonamos el formato postal y elegimos una nueva técnica, la impresión lumen. Hermoso nombre para un sistema tan antiguo como la fotografía misma. Los dibujos fotogénicos de Talbot, allá por 1830, tenían una lógica similar: un objeto colocado sobre una superficie fotosensible deja su rastro cuando es expuesto a la luz. No hay imagen latente, no hay necesidad de químicos reveladores. Es más, sería posible prescindir del baño fijador, aceptar como parte del asunto la mutación de los colores, el cambio, la desaparición.

La posibilidad de utilizar papeles obsoletos, la reducción del uso de químicos, la infrecuente ocasión de un proceso fotográfico al aire libre nos parecieron opciones más que justas para los tiempos que corren. Sin problemas por ese lado. No obstante, nos enfrentamos a un escollo conceptual que debimos sortear: por un momento, la pertinencia del concepto de tirada quedó en entredicho. Y es que con esta técnica se hace muy difícil —tal vez, incluso imposible— conseguir dos copias idénticas. Sin embargo, pronto descubrimos que la clave de nuestra fidelidad a lo múltiple no la daría el resultado sino la repetición de un procedimiento. No importaría que las impresiones luzcan iguales: aceptaríamos sin enojo variaciones minúsculas o diferencias notables con la idea de que lo multiejemplar se cifra en la acción de imprimir el objeto elegido sobre una superficie sensible, una y otra vez, como en un mantra.

A veces, a la lumen se le suman manchas químicas. Entonces, además de luz habrá sustancias para configurar la imagen. El ejemplo típico, el obvio, el que no deja de encantarnos, resulta de la impresión de alguna especie vegetal. Las flores frescas son ideales. En la base el papel, en el medio la flor, por encima un vidrio. Todo bien presionado con broches para la ropa o *binder clips*. La luz hace un trabajo y los jugos que salen de la planta hacen otro. Hay violencia en el asunto, parecida a la que implican los herbarios, pero aquí es más intensa, casi brutal. La flor muere aplastada bajo un vidrio, sofocada por el sol. Increíblemente, aceptamos sin chistar el sacrificio.

En septiembre de 2022, en pleno proceso de investigación de la técnica lumen, se cumplió el décimo aniversario de la primera edición de La Carpeta Fotográfica. Decidimos festejarlo en el Parque de España, al lado del [río] Paraná, mezcla hermosa de jornada de trabajo y picnic de cumpleaños. Al pie de las escalinatas acomodamos dos mesas: una con papeles sensibles, vidrios y objetos para imprimir, otra con bandejas de tortas materas, saladitos, termos con bebida caliente y una heladera portátil para la limonada y la cerveza. La Musto había sido invitada a exponer en el Museo Itinerante de Fotografía, un trailer nómade preparado como sala de muestras que por esos días visitaba la ciudad, y nos pareció una oportunidad perfecta para celebrar. Dentro del trailer había decenas de fotografías de artistas de renombre junto a un monitor que presentaba las ediciones anteriores de La Carpeta Fotográfica y el trabajo en proceso de la edición actual. Afuera, un grupo entusiasta de gente con y sin experiencia ponía manos a la obra y se animaba a hacer sus impresiones de contacto. Una lumen propia como suvenir de cumpleaños.

La Carpeta Fotográfica es un proyecto editorial, pero no solo eso. Se trata de una experiencia pedagógica que tiene su sede en una escuela, pero que se despliega más allá de sus aulas, que se reformula sin prejuicios si es necesario. Tras los meses de pandemia ofreció, además, la posibilidad de recuperar el hacer en común y de ensayar operaciones pequeñas pero necesarias, como la de desarmar acepciones tristes de palabras hermosas: cambiar el agobio del contacto estrecho por el entusiasmo del contacto directo. Cada martes, de quince a dieciocho, hay cita en el taller. Hay encuentro entre pares, ganas de contar historias, comentar fracasos o descubrimientos asombrosos. En épocas complejas el trabajo colectivo es una forma de enfrentar el desaliento. ¹

Andrea Ostera, 2023.

¹ Finalmente, la cuarta edición de La Carpeta Fotográfica se presentó en Casa Vanzo entre el 27 de agosto y el 9 de septiembre de 2023, en el marco de la 6ta Quincena del Arte en Rosario. La tirada fue de sesenta ejemplares. Participaron en esta edición: Sonia Bossio, Jesica Felice, Andrea Fernández, Elvira Ferrazzini, Virginia Mazza, Agustín Moreno, María Cecilia Roggero, Germán Ruhl, Carolina Soriano, Verónica Orta.



Contacto directo

La Carpeta Fotográfica nació de una pregunta que alguien hizo en voz alta en el taller. La gente de la Gráfica de La Musto trabajaba en sus estampas y la gente de fotografía observaba, durante un recreo desde una mesa cercana, con ganas de ser parte de un proyecto similar. Si en esta escuela se producen carpetas gráficas, ¿por qué no podemos hacer también una carpeta fotográfica? Las palabras sonaron honestas y un poco mordaces al mismo tiempo; insinuaban algo parecido a una envidia leve. Hubo risas ante la ocurrencia. En el taller de gráfica las prensas siguieron aplicadas a las imágenes de tinta; en el de fotografía, las ampliadoras continuaron proyectando luz sobre el papel sensible. No se volvió a tocar el tema durante el resto de la jornada. Pero la idea ya se había formulado y la inquietud estaba instalada.

Quizás convenga hacer un poco de historia. Las carpetas gráficas fueron muy populares en Rosario en los años cincuenta y sesenta. Entre 1958 y 1967, Emilio Ellena, un apasionado del grabado, publicó cincuenta carpetas con obras originales de Gambartes, Grela, Spilimbergo, Cochet, Bruniard y más. Veintiún mil novecientas piezas, un número que estableció con precisión, haciendo honor a su profesión de matemático. Con las *Ediciones Ellena*, se pusieron en circulación colecciones de estampas de tirada grande a un precio accesible. Osvaldo Boglione, director de la Escuela Musto entre 1984 y 1996, había participado en una de esas carpetas, y en los primeros años de su gestión incentivó la creación de Gráfica de La Musto, un programa de divulgación que retomaba aquella práctica editorial. Desde entonces se han producido trece carpetas que surgieron del trabajo colaborativo entre docentes y estudiantes.

Tal vez sea útil subrayar que las áreas de Gráfica y de Fotografía comparten espacio físico. En el edificio que fue la casa del pintor Manuel Musto, en la planta alta, conviven el cuarto oscuro de fotografía y el de serigrafía, algunas prensas, un sector para shablonés y piedras litográficas, un lugarcito especial para colgar negativos, dos piletones de lavado, dos racks para el secado de las copias, varias mesas, muchas sillas.

Gráfica y fotografía son primas hermanas, tienen lo múltiple en su ADN. Alguien podría incluso sostener que la fotografía es una de las formas que adopta la gráfica, aunque sin demora se alzarían voces en desacuerdo para reclamar acaloradamente la autonomía de lo fotográfico. En algún momento de 2009, mientras la Gráfica de

La Musto trabajaba en la carpeta *Serie Azul*, del otro lado de la mampara de vidrio que hace de límite virtual de las aulas, en el taller vecino, el deseo de una carpeta de fotos fue haciéndose **más fuerte, posible, inminente.**

La primera convocatoria para La Carpeta Fotográfica se abrió a principios de 2010 y estuvo dirigida a estudiantes de la escuela. El proyecto contemplaba distintas etapas; desde sacar las fotos y armar el portfolio hasta realizar una muestra y vender todos los ejemplares. Con lo recaudado se comprarían materiales o equipamiento para el Taller de Fotografía.

Por esos días el proceso analógico ya había empezado a ceder terreno, se replegaba ante el avance de la tecnología digital. En La Musto resistíamos el embate. El teléfono inteligente era todavía una novedad, pero sabíamos que había llegado para quedarse. Se ofrecía como un objeto irresistible. Una cámara a mano todo el tiempo, siempre lista; una pantalla táctil capaz de exhibir fotos en una calidad fenomenal; un dispositivo para compartir imágenes en las redes sociales sin demora. Una revolución. Ante semejante novedad, nos aferramos a un modo de hacer que conocíamos bien, que queríamos mucho y que intuíamos en peligro de extinción.

Nos organizamos para conseguir los materiales. No fue fácil encontrar el papel, habíamos elegido un formato poco habitual. Después de varios intentos malogrados, el papel postal llegó en el bolso de una estudiante que, con gestión impecable, logró atravesar tres aduanas y hacer que las siete cajas evitasen los rayos X, enemigos declarados del material fotosensible. Compramos película, un par de tortas de treinta metros, y la fraccionamos con delicadeza.

Sacamos fotos, revelamos, hicimos contactos, ampliamos, editamos. Probamos contrastes y densidades; entonados y reservas; márgenes finos y anchos. Hablamos y hablamos, y elegimos dos fotos por cada participante. Y entonces llegó el momento de la gran tarea, copiar la misma imagen cuarenta, cincuenta veces. Diez segundos de base, un poco de tiempo extra en las partes claras, un breve apantallado en las áreas de sombra. El mismo proceso reiterado una y otra vez, la ocasión de observar de cerca las vicisitudes de la reproducción. Porque, hay que decirlo, aunque mucho se habla de multiejemplaridad solo conocemos un puñado de laboratoristas que ha tenido la oportunidad de poner en acto una tirada amplia, de probar la reproductibilidad en carne propia.

Quisimos que lo múltiple fuera, además de un concepto teórico, una experiencia concreta que pusiera el cuerpo en juego. Para eso trabajamos en el cuarto oscuro

con manos compañeras que agitaban líquidos y ojos prestados que vigilaban la aparición de las imágenes. Luego vendría el armado de las carpetas, la organización de la venta, la exposición en el Museo de la Ciudad.

Esto ocurrió por primera vez entre 2010 y 2012. Y volvió a ocurrir entre 2015 y 2016, y entre 2018 y 2019. Y ahora mismo, mientras se escriben estas líneas, está volviendo a suceder.

La Carpeta Fotográfica en su cuarta edición introdujo un par de novedades: abandonamos el formato postal y elegimos una nueva técnica, la impresión lumen. Hermoso nombre para un sistema tan antiguo como la fotografía misma. Los dibujos fotogénicos de Talbot, allá por 1830, tenían una lógica similar: un objeto colocado sobre una superficie fotosensible deja su rastro cuando es expuesto a la luz. No hay imagen latente, no hay necesidad de químicos reveladores. Es más, sería posible prescindir del baño fijador, aceptar como parte del asunto la mutación de los colores, el cambio, la desaparición.

La posibilidad de utilizar papeles obsoletos, la reducción del uso de químicos, la infrecuente ocasión de un proceso fotográfico al aire libre nos parecieron opciones más que justas para los tiempos que corren. Sin problemas por ese lado. No obstante, nos enfrentamos a un escollo conceptual que debimos sortear: por un momento, la pertinencia del concepto de tirada quedó en entredicho. Y es que con esta técnica se hace muy difícil —tal vez, incluso imposible— conseguir dos copias idénticas. Sin embargo, pronto descubrimos que la clave de nuestra fidelidad a lo múltiple no la daría el resultado sino la repetición de un procedimiento. No importaría que las impresiones luzcan iguales: aceptaríamos sin enojo variaciones minúsculas o diferencias notables con la idea de que lo multiejemplar se cifra en la acción de imprimir el objeto elegido sobre una superficie sensible, una y otra vez, como en un mantra.

A veces, a la lumen se le suman manchas químicas. Entonces, además de luz habrá sustancias para configurar la imagen. El ejemplo típico, el obvio, el que no deja de encantarnos, resulta de la impresión de alguna especie vegetal. Las flores frescas son ideales. En la base el papel, en el medio la flor, por encima un vidrio. Todo bien presionado con broches para la ropa o *binder clips*. La luz hace un trabajo y los jugos que salen de la planta hacen otro. Hay violencia en el asunto, parecida a la que implican los herbarios, pero aquí es más intensa, casi brutal. La flor muere aplastada bajo un vidrio, sofocada por el sol. Increíblemente, aceptamos sin chistar el sacrificio.

En septiembre de 2022, en pleno proceso de investigación de la técnica lumen, se cumplió el décimo aniversario de la primera edición de La Carpeta Fotográfica. Decidimos festejarlo en el Parque de España, al lado del [río] Paraná, mezcla hermosa de jornada de trabajo y picnic de cumpleaños. Al pie de las escalinatas acomodamos dos mesas: una con papeles sensibles, vidrios y objetos para imprimir, otra con bandejas de tortas materas, saladitos, termos con bebida caliente y una heladera portátil para la limonada y la cerveza. La Musto había sido invitada a exponer en el Museo Itinerante de Fotografía, un trailer nómade preparado como sala de muestras que por esos días visitaba la ciudad, y nos pareció una oportunidad perfecta para celebrar. Dentro del trailer había decenas de fotografías de artistas de renombre junto a un monitor que presentaba las ediciones anteriores de La Carpeta Fotográfica y el trabajo en proceso de la edición actual. Afuera, un grupo entusiasta de gente con y sin experiencia ponía manos a la obra y se animaba a hacer sus impresiones de contacto. Una lumen propia como souvenir de cumpleaños.

La Carpeta Fotográfica es un proyecto editorial, pero no solo eso. Se trata de una experiencia pedagógica que tiene su sede en una escuela, pero que se despliega más allá de sus aulas, que se reformula sin prejuicios si es necesario. Tras los meses de pandemia ofreció, además, la posibilidad de recuperar el hacer en común y de ensayar operaciones pequeñas pero necesarias, como la de desarmar acepciones tristes de palabras hermosas: cambiar el agobio del contacto estrecho por el entusiasmo del contacto directo. Cada martes, de quince a dieciocho, hay cita en el taller. Hay encuentro entre pares, ganas de contar historias, comentar fracasos o descubrimientos asombrosos. En épocas complejas el trabajo colectivo es una forma de enfrentar el desaliento. ²

² Finalmente, la cuarta edición de La Carpeta Fotográfica se presentó en Casa Vanzo entre el 27 de agosto y el 9 de septiembre de 2023, en el marco de la 6ta Quincena del Arte en Rosario. La tirada fue de 60 ejemplares. Participaron en esta edición: Sonia Bossio, Jesica Felice, Andrea Fernández, Elvira Ferrazzini, Virginia Mazza, Agustín Moreno, María Cecilia Roggero, Germán Ruhl, Carolina Soriano, Verónica Orta.

